

Estudio preliminar

Carmen Mc Evoy

De José Arnaldo Márquez se han dicho muchas cosas. Que fue el más empedernido de los románticos peruanos, que desplegó múltiples facetas —dramaturgo, militar, prosista, poeta, diplomático, inventor, traductor, pedagogo, comerciante, asesor presidencial e incluso portero—, que su vida fue una novela desgarradora, que admiró y emuló a Lamartine, que dominó once idiomas, que la pobreza llamó constantemente a su puerta, pero, sobre todo, que fue un trotamundo impenitente al que el gobierno del general Iglesias intentó sin éxito repatriar de España, luego de reconocerlo como “Gloria Nacional”.

A pesar de que el olvido cubre hoy la memoria del único peruano que figura en la exclusiva lista de traductores de William Shakespeare, el recuerdo de su vida y de una prolífica obra, desperdigada por el mundo, sorprende y emociona. Márquez atrae nuestro interés no sólo por la cantidad de libros y artículos periodísticos que escribió, por los innumerables temas que discutió y por las fascinantes aventuras y periplos en los que se embarcó, sino porque a pesar de llevar una existencia marcada por el infortunio, su meta de humanista aplicado fue la búsqueda de aquellas claves que le permitieran descifrar “el problema insondable de la vida”.

El pensamiento romántico que, de la mano de los españoles José Joaquín de Mora y Fernando Velarde, se afincó por algunos años en la Lima de la posanarquía, se plasma en la vida y en la obra de José Arnaldo Márquez. Porque al igual que sus mentores, el escritor, al que Andrés Avelino Aramburu apodó el “Byron peruano”, deambuló por el mundo teniendo como único bagaje el poder de su palabra. Es por lo anterior que no sorprende el descubrir que el mayor sueño de Márquez fue convertir en realidad su invento de un linotipo capaz de producir impresiones simultáneas. Su ardua peregrinación en pos de una palabra transmutada

por los avances tecnológicos del siglo XIX y que ocupa más de una década de su existencia, vertebrada una trayectoria vital, mitad romántica y mitad republicana. Dentro de esas líneas paralelas transita Márquez el poeta-filósofo y Márquez el inventor-pedagogo. El primero intentará arrancar al universo los misterios de la vida, mientras que el segundo, absorbido por su invento y por la publicación de *El Educador Popular* y otros importantes textos pedagógicos, trabajará sistemáticamente por la instauración de los valores republicanos en el Perú.

El carisma y la inteligencia de José Arnaldo Márquez no pasaron desapercibidos para los que tuvieron la oportunidad de conocerlo. En las páginas que el literato argentino Martín García Mérou escribiera en memoria del amigo recientemente fallecido, es posible atisbar la profunda impresión que el encuentro con ese peruano “excéntrico tan lleno de inteligencia y de dotes amables”, dueño de “una prosa admirable” y de “una fecundidad inagotable de temas e inspiraciones”, produjo en el autor de los *Recuerdos Literarios*. Era imposible describir, afirmaba el escritor argentino, el efecto que tuvo la “palabra original y pintoresca” de Márquez entre los círculos intelectuales bonaerenses. Su conversación, “llena de frases de acerado sarcasmo y de observaciones altamente satíricas o profundamente metafísicas” cautivó al exigente público porteño. Protegido por el renombrado intelectual Santiago Estrada, Márquez se estableció por varios meses en Buenos Aires, trabajando como colaborador en *La América del Sur* y viviendo “como todo bohemio de corazón *au jour le jour* como la cigarra de Lafontaine”.¹

Se ha señalado, con razón, que la peculiaridad de José Arnaldo Márquez residió en que, a diferencia de los personajes novelescos que viven la novela que no pueden escribir, o de autores que escriben la novela que no logran vivir, su vida y obra reflejan la dualidad paralela del personaje y del autobiógrafo. Cosa rara en los poetas y los novelistas hispanoamericanos, incapaces de mostrar su demonio interior a la manera como él lo hizo. Márquez es dentro de esta línea de análisis el precursor de la novela autobiográfica.² Partiendo de esta sugerente propuesta, es posible afirmar que la crónica del viaje que José Arnaldo Márquez emprende en 1857 a los Estados Unidos de Norteamérica constituye un relato autobiográfico del cual es posible extraer las carencias, las contra-

¹ Martín García Mérou, *Recuerdos Literarios*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, pp. 63-77.

² Mauricio Arriola, *José Arnaldo Márquez y Martín Fierro*. Lima: Talleres de la Compañía de Impresiones y Publicidad S.A., 1967, pp. 27-28.

diciones y los ideales de un intelectual peruano del siglo XIX; lo que pone en evidencia la manera en la que los asuntos nacionales y los viajes a tierras foráneas se imbrican con el universo afectivo de sus autores. Por otro lado, la “creación heroica” de Márquez, de la que nos ocuparemos en este ensayo, contradice la tradicional visión historiográfica de un siglo XIX plagado de errores y de traiciones. ¿Qué tan “a la deriva” puede ser ese siglo cuando se conocen, con detalle, los derroteros con los que Márquez definió con voluntad y convicción a lo largo de su vida?

En la crónica de su viaje al país considerado por muchos escritores hispanoamericanos como la meca del republicanismo, Márquez nos irá revelando las frustraciones y las expectativas del actor y del testigo de una historia turbulenta. A lo largo de su narrativa, Márquez subrayará los problemas estructurales del Perú y de otros países hispanoamericanos, resaltando con admiración las cualidades de la cultura política, materializada en la república del Norte. Un ejemplo que atrae particularmente nuestra atención es el comentario que el escritor peruano desliza respecto al espacio que la sociedad norteamericana asignaba a sus intelectuales. En el Perú, en contraposición, la ausencia de una política de gobierno respecto a aquéllos había provocado un conflicto político permanente del cual los hombres de letras eran diestros promotores. Junto a comentarios como el anterior, que abren nuevas perspectivas para los estudios sobre la cultura política peruana decimonónica, Márquez nos suministra aquel dato preciso que permite entender el mundo de los viajes y de los viajeros del siglo XIX.

La discusión en torno a la literatura de viaje está íntimamente asociada al estudio de las estrategias retóricas que el viajero-narrador utiliza para traducir por medio de un discurso inteligible la topografía que contempla. Todo viaje contiene de manera implícita la elaboración de mitos, de visiones, de fantasías, y de una voz para los deseos, demandas y aspiraciones del viajero, quien además de manipular el lenguaje con la finalidad de conquistar la imaginación del lector, debe organizar el conocimiento y proveer de consejos prácticos a su audiencia. La intersección entre estos dos niveles, concepto al que Chloe Chard denomina “topografía imaginada” o “geografía imaginada”, produce un sistema de estrategias retóricas y teóricas que sirven para que el viajero entienda, primero, y se apropie, después, de aquello que le es ajeno.³ Partiendo de un símil cartográfico, el que está estrechamente asociado al acto mismo de viajar, Chard define

³ Chloe Chard, *Pleasure and guilt on the Grand Tour: Travel writing and imaginative geography, 1600-1830*. Manchester-New York: Manchester University Press, 1999.

“la geografía imaginada” como un espacio donde se proyectan los deseos, las aspiraciones, la memoria afectiva y la memoria cultural del viajero, así como el lugar dominado por un campo de conocimiento específico.⁴

Teniendo como punto de referencia el marco teórico propuesto por Chard, que alude directamente al universo de las representaciones elaboradas por el viajero,⁵ ¿será posible considerar el viaje de Márquez a los Estados Unidos como un epígono periférico de la jornada romántica cultivada, algunos años antes, por su admirado Lamartine? Si la respuesta es afirmativa, habría que hacer un esfuerzo para identificar los elementos románticos que afloran en la crónica del escritor peruano.⁶ Abordando el asunto desde otra perspectiva ¿en qué medida las transformaciones tanto sociales como económicas que se hacen evidentes en Latinoamérica a mediados del siglo XIX, al introducir nuevos elementos culturales, afectaron la recreación del paradigma romántico en tierras sudamericanas, complicando así la función misma del viaje modélico? En el caso específico del viaje de Márquez a los Estados Unidos ¿será posible argumentar que la “topografía imaginada” en su “carta de navegación” mental es el republicanismo norteamericano? Un hecho que resulta funcional a sus intereses particulares, ya que del encuentro —mitad romántico, mitad republicano— con la “república modelo” del Norte derivará la confirmación en torno a la existencia de un lugar en América donde el republicanismo se ha convertido en realidad tangible. Más aún, Estados Unidos es ese espacio donde Márquez proyecta no sólo sus deseos, aspiraciones y memoria cultural, sino que además en ese país encuentra un fértil campo de conocimientos que le ayuda a definir las características y la dinámica interna de lo que debe de ser una república en formación. El análisis anterior nos permite establecer vínculos entre el acto de viajar, el de (re)producir la cultura política y el de hacerla circular a través del espacio americano.

Este estudio preliminar ha sido dividido en cuatro secciones. En la primera haremos un breve recorrido por la vida y obra de José Arnaldo

⁴ Chard, *op. cit.*, Introduction.

⁵ Un tratamiento del viaje como representación es el que he utilizado en el análisis del viaje de Manuel Pardo a Jauja en 1854. Para este punto ver *Antología de Manuel Pardo*. Estudio preliminar de Carmen Mc Evoy. Lima: Ediciones del Congreso de la República del Perú, (en prensa).

⁶ El viaje romántico es una forma de aventura personal que conlleva la promesa de descubrir o expresar la identidad propia mediante la exploración del “otro” lo que significa arriesgarse a atravesar tanto las fronteras geográficas como las simbólicas. Esta transgresión de los límites implica para el viajero enfrentar el peligro y la desestabilización. El viaje romántico se convierte así en un pretexto para escapar de la propia identidad, la que no se consolida sino que queda suspendida durante el viaje. Chard, *op. cit.*, pp. 216-17.

Márquez. En la segunda abordaremos las circunstancias y pormenores del viaje del escritor peruano a los Estados Unidos de Norteamérica, lo que nos permitirá profundizar en la dinámica interna de un viaje decimonónico. La tercera sección es un análisis de las opiniones vertidas por Márquez respecto a los fundamentos de la cultura republicana. Este tema, en el que aflora la fascinación del peruano por la vitalidad de la sociedad civil norteamericana, permite emparentarlo con la tradición inaugurada en la década de 1830 por el intelectual francés Alexis de Tocqueville.⁷ Ésta será continuada en las décadas siguientes por los intelectuales hispanoamericanos Domingo Faustino Sarmiento y Benjamín Vicuña Mackenna.⁸ Finalmente en el epílogo haremos el intento por ubicar a Márquez dentro de la tradición intelectual peruana, de la cual es uno de sus más importantes representantes.

“Una naturaleza indomable”

José Arnaldo Márquez nació en Lima el 10 de enero de 1832.⁹ Descendiente de una familia amante de las letras, sus padres fueron José Ambrosio Márquez y Jerónima García. A los once años de edad, el joven Márquez fue matriculado en el prestigioso Convictorio de San Carlos donde, entre 1843 y 1847, cursó estudios en calidad de becario. La huella de la experiencia carolina, volcada en la implacable crónica periodística que escribiera en 1865 para *El Nacional*,¹⁰ fue imborrable. En ello tuvo mucho que ver su cercanía al rector y profesor de Filosofía y de Derecho

⁷ El viaje que Alexis de Tocqueville (1805-1859) emprendió con su amigo Gustave de Beaumont a los Estados Unidos de Norteamérica (1831) fue registrado en dos volúmenes publicados en 1835 y en 1840, respectivamente. Los temas cubiertos por Tocqueville van desde la religión y la política hasta el impacto de la prensa y el asociacionismo en el desarrollo de la cultura democrática en América. Algunos de sus críticos han apuntado a la poca atención que el trabajo de Tocqueville presta a las condiciones geográficas y económicas de Norteamérica; otros, a la manera cómo el objetivo inicial, el estudio de la democracia americana, se va diluyendo para dar paso a lo que será su mayor preocupación: el estudio de las sociedades democráticas estadounidenses. Ver: *Journey to America* por Alexis de Tocqueville (traducción de George Lawrence y editado por J.P. Mayer). Westport, CT: Greenwood Press Publishers, 1981 y el libro de George Wilson Pierson, *Tocqueville in America*. Baltimore: John Hopkins University, 1996.

⁸ Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes por Europa, África y América*. Dos volúmenes, Santiago: Imprenta Belin, 1849-1851; Benjamín Vicuña Mackenna, *Páginas de mi diario durante mis tres años de viaje. Obras Completas (1853-1855)*. Volumen 1 y 2, Santiago: Universidad de Chile, 1936.

⁹ La fecha del nacimiento de Márquez, que discrepa con la provista por José de la Riva Agüero y Luis Alberto Sánchez, es la señalada por Mauricio Arriola quien tuvo acceso directo a la partida de nacimiento del escritor peruano. (Arriola, *José Arnaldo Márquez*, p. 21).

¹⁰ La memoria de la experiencia carolina de Márquez salió publicada en *El Nacional* el 13 de diciembre de 1865. El rector de San Carlos, Bartolomé Herrera, fue descrito por su antiguo

Natural y Público, Bartolomé Herrera. El sacerdote y educador mantuvo al joven alumno dentro de su círculo de discípulos predilectos, lo que permitió que éste accediera a la biblioteca herreriana y a una serie de ayudantías que sufragaron los gastos educativos que la “gran pobreza” de una familia mesocrática venida a menos, como la suya, no pudo afrontar. A pesar de los privilegios obtenidos debido a su precoz inteligencia, Márquez fue, según propias palabras, “el más rebelde” de los alumnos de Herrera. Debido a que “la obediencia ciega era la suprema ley en el convictorio”, un sistema de castigos establecidos por Herrera tendía a “deprimir la dignidad del joven y a acostumbrarlo a una sumisión ciega ante un poder despótico”. El enfado que Márquez mostró en 1865 frente a “las ideas autoritarias y anti-republicanas” y a “la obediencia maquiñal” que reinaban en San Carlos, al que responsabilizó de “la corrupción y desmoralización” de la década siguiente, recibió una airada respuesta de Herrera. Precisamente, él fue quien se encargó de calificar a su antiguo pupilo como un ser de “naturaleza indomable”, incapaz de rendirse ni “por el bien ni por el mal”.¹¹

En 1849 Márquez puso en evidencia su enorme precocidad intelectual junto a sus dotes de dramaturgo y de crítico social con el estreno de su primera obra de teatro *La bandera de Ayacucho*. A esta alegoría patriótico-moralista, que concibió y escribió a los diecisiete años de edad, le sucederán *Pablo o la familia del mendigo*¹² y *La cartera del ministro*, ambas formuladas en clave romántica. Esta etapa de intensa creatividad corresponde a los años en los que el joven escritor se aproxima al círculo intelectual que Ricardo Palma denomina como “la bohemia limeña”.¹³ La misma da cuenta del intenso movimiento de ideas que ocurrió en la capital peruana durante los años de la posanarquía, cuando empezaban a

discípulo como un hombre “altivo, dominante e imperioso”. Aunque Márquez reconocía el hecho que pocas personas podían ser “tan simpáticos, persuasivos y sagaces” como Herrera, aquellas dotes eran consideradas por el antiguo alumno como una máscara que le permitía ocultar al sacerdote su “fondo duro e intolerable”. Porque el “dominio sobre sí mismo” que Herrera “había alcanzado” llegó, según Márquez, a un extremo poco antes visto en el Perú. La remembranza fue publicada por segunda vez en Jorge Guillermo Leguía, *Escritos y Discursos*. Lima: Lib. Francesa y Científica-Casa Ed. Rosay, pp. LIII-LXIII.

¹¹ *El Nacional*, 13 de diciembre de 1865.

¹² Drama en cinco actos en prosa y verso que Márquez dedicó a su madre y que se estrenó con bastante éxito en Lima. El protagonista, Pablo, es el modelo del héroe romántico. El amor lo engrandece y eleva, es noble, generoso y valiente; su bondad y dignidad lo hacen sumamente simpático. La obra, de corte moralizante, culminaba con el triunfo de la honradez y de la virtud sobre el egoísmo. (Para una descripción detallada de la dramaturgia de Márquez ver Teodomiro Gonzáles Elejalde, *José Arnaldo Márquez. La época, su vida y sus obras*. Lima: Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, 1915, pp. 35-38.)

¹³ Ricardo Palma, *La bohemia de mi tiempo*. Lima: El Cóndor, 1948.

apagarse los rescoldos de la guerra civil y aparecía el guano como paliativo a las múltiples carencias del país.¹⁴

Entre 1848 y 1860 se apodera de la juventud limeña lo que Palma describe como “la filoxera literaria”. Así, desde diversos reductos y tendencias políticas, se irá gestando una suerte de renacimiento cultural liderado por un grupo de intelectuales peruanos y españoles entre los que destacaban Cayetano Heredia, Bartolomé Herrera, Francisco de Paula Gonzáles Vigil, Sebastián Lorente y el “gran capitán de la bohemia” Fernando Velarde. Reconstruir una esfera pública y una sociedad civil seriamente dañada por la guerra¹⁵ fue el propósito fundamental de un grupo que adquiere su perfil en el contexto ideológico de las revoluciones de 1848.¹⁶ Los bohemios peruanos,¹⁷ entre los que destacó Márquez, mostraron una predilección por Zorrilla, Larra, Leopardi, Campoamor, Lamartine, Espronceda y Byron. A esa lista, elaborada por Palma, habría que añadir los nombres de Walter Scott, Heine y Víctor Hugo. La creatividad de Márquez y de muchos de los bohemios surge en un momento de intensa circulación de ideas entre el Perú y sus países vecinos. Nuevas nociones sobre el arte y la política llegaron de la mano de los chilenos José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao y Benjamín Vicuña Mackenna, quienes se establecieron por algún tiempo en Lima; de los proscritos argentinos

¹⁴ Para una aproximación a la etapa que he denominado como “pax castillista” ver Carmen Mc Evoy, *La Utopía Republicana. Ideales y realidades en la formación de la Cultura Política Peruana*. Cap. I, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica, 1997.

¹⁵ Un importante aporte al estudio de la esfera pública peruana durante esos años es el provisto por Carlos Forment, *Democracy in Latin America, 1760-1900: Civic selfhood and public life in México and Peru*, Volumen I, EE.UU.: University of Chicago Press, 2003.

¹⁶ Sobre el impacto de las revoluciones de 1848 en el Perú ver Natalia Sobrevilla, “The influence of the European 1848 revolutions in Peru” en Guy Thomson, *The European revolutions of 1848 in the Americas*. London: Institute of Latin American Studies, 2002, pp. 191-216.

¹⁷ De acuerdo con Palma, los “bohemios” eran: Márquez, Nicolás Corpancho, Adolfo García, Numa Pompilio Llona, Clemente Althaus, Luis Benjamín Cisneros, Carlos Augusto Salaverry, Enrique Alvarado, José Antonio de Lavalle, Mariano Amézaga, Francisco Laso, Juan Arguedas, Trinidad Fernández, Juan Sánchez Silva, Pedro Paz Soldán y Unanue, Constantino Carrasco, Toribio Mansilla, Melchor Pastor, Acisclo Villarán, Juan de los Heros, los hermanos Pérez, Narciso Aréstegui y el propio Palma. Para Luis Alberto Sánchez este cuadro es “confuso e incompleto” porque en él se mezclan diferentes generaciones y no se incluye a autores que a todas luces eran bohemios (“el loco Quiroz”, “el ciego Elera” y el costumbrista Manuel Atanasio Fuentes). La tendencia de Palma por adaptarse “al molde francés” que intentaba reproducir le hace olvidar, de acuerdo a Sánchez, a los historiadores y darle excesiva importancia a los dramaturgos. Para una interesante discusión en torno a la bohemia ver Palma, *Recuerdos de España, precedidos por la Bohemia de mi tiempo* y Luis Alberto Sánchez, *La Literatura Peruana. Derrotero para una Historia Cultural del Perú*. Lima: Editorial Mejía Baca, 1981, pp. 923-949.

Juan María Gutiérrez, José Mármol, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre¹⁸ y de los participantes de los congresos panamericanos celebrados en el Perú, entre ellos Domingo Faustino Sarmiento y Vicente Rocafuerte.

Fernando Velarde, el poeta español que recaló en el Perú en 1847 y se instaló en Lima por espacio de ocho años, fue el líder indiscutible de los bohemios peruanos. Aunque en sus versos había mucho de estruendoso y exagerado, su poderosa personalidad ejerció una gran fascinación entre la joven intelectualidad limeña que lo idolatraba.¹⁹ Los bohemios, influidos en menor medida por Lorente y por Mora, se reunían en diferentes lugares, siendo los más conocidos el entresuelo donde vivió el poeta Salaverry, la casa del poeta Adolfo García y la “mansión” del político arequipeño Miguel del Carpio.²⁰ Por las tardes frecuentaban las librerías de Trinidad Pérez y de Dionisio Ramírez y cuando se trataba de reuniones oficiales acudían al local del “Club Literario”, ubicado en la esquina de Mantas y Mercaderes. Al revés de lo que ocurría en Europa, los románticos de Perú formaron una asociación unida donde se respetaba la antigüedad. *La Ortología y Métrica* de Andrés Bello fue uno de los libros favoritos del grupo porque, dice Sánchez, entre ellos reinaba más la disciplina clásica que la indisciplina romántica.²¹ La docena de “regalados y pacíficos años” alimentados por “la lluvia metálica del guano” permitieron la relativa holgura económica de “los bohemios”. A diferencia de sus pares europeos, casi todos ellos llevaron “vidas pacíficas”.²² Ninguno tuvo que soportar, y aquí Márquez parece ser la única excepción, el trágico destino romántico que se vivió en otras latitudes.

¹⁸ Sánchez, *La Literatura Peruana...*, p. 921.

¹⁹ Fernando Velarde (Hinojedo, 1823) vino al Perú después de una doble estadía en Cuba y de un periplo que lo llevó por Colombia y por Centroamérica. El trotamundo Velarde, de acuerdo a Menéndez Pelayo, “poseía un sentimiento profundo y casi místico de la naturaleza, elevadas aunque confusas aspiraciones de ultratumba; un idealismo más germánico que español, ataviado con el sombrero de jipijapa y el lujo charro del indiano de nuestra costa cantábrica”. (Menéndez Pelayo, *Historia de la Poesía Hispanoamericana*. Tomo II, Madrid, 1913, p. 256.)

²⁰ Del Carpio, un personaje poco conocido, es el mecenas más importante de los bohemios. Siempre cercano al poder, fue Ministro de Estado, Rector de la Universidad de San Marcos (aunque no llegó a tomar posesión del cargo), miembro del Consejo de Estado y en sus últimos años Vocal de la Corte Suprema (Arriola, *José Arnaldo Márquez*, p. 19 y García Elejalde, *José Arnaldo Márquez*, pp. 11-12).

²¹ Sánchez, *La Literatura Peruana...*, p. 929. Estos comentarios que sugieren una suerte de homogeneización en las ideas son refutados por Oswaldo Holguín quien señala la existencia de fuertes desencuentros entre Márquez, Paz Soldán y Unanue. Para una interesante discusión en torno a la bohemia ver Oswaldo Holguín Callo, *Tiempos de infancia y bohemia: Ricardo Palma (1833-1860)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.

²² Tanto Sánchez como González Elejalde y Arriola coinciden en señalar que la seguridad económica de los bohemios provenía de sus propios dineros o de ingresos relacionados con

Márquez, uno de los pocos románticos peruanos que logra asociar el ímpetu literario con una eficiente actividad en el campo político-ideológico, inicia en la década de 1850 su complejo y difícil vínculo con el poder. A los 22 años de edad, el joven dramaturgo es nombrado secretario privado del presidente Echenique, cargo que ostenta hasta la caída de su régimen en 1855. Ese año, Márquez parte al exilio donde escribe *La Ramoinada*—dedicada a Castilla— y el poema *La Humanidad*—dedicado a Vigil. La amnistía a los echeniquistas, decretada por el general Castilla, permite su regreso a Lima donde recibe el nombramiento de Cónsul en Nueva York. Es justamente en el transcurso de su desplazamiento a esa ciudad, en 1857, que el bisoño diplomático iniciará el relato que hemos reeditado. Al mismo, publicado en Lima en 1862, le seguirán algunos artículos redactados para la *Revista de Lima* y una colección de poesías, en dos volúmenes (*Notas Pérdidas*), escritas en los Estados Unidos. Durante su gestión consular en ese país y como previsión frente a la amenaza de una intervención europea, esgrimidas en el Pacto de Londres, Márquez interviene, como todo buen nacionalista,²³ en la construcción de dos buques de guerra para el Perú. Sin embargo, el contrato que firma no recibe la aprobación del gobierno. La caída de la administración de Pezet y la posterior guerra contra España determinará la cancelación de su cargo diplomático. En las dramáticas circunstancias que antecedieron a la crisis terminal del Estado huanero,²⁴ Márquez será abandonado a su suerte en los Estados Unidos. Ahí sobrevivirá dedicándose a actividades comerciales hasta que la Revolución Restauradora, a la que se incorpora desde sus inicios, le restituye sus vínculos con el Estado peruano.

La participación de Márquez en la revolución liderada por Mariano Ignacio Prado lo reubicó en la nueva estructura del poder. En un contexto donde el Estado peruano intentaba modernizarse y en el cual el talento y el mérito empezaban a ser privilegiados en el diseño de una política institucional,²⁵ Márquez será nombrado primer oficial del Ministerio de

sus actividades burocráticas: consulados en el exterior y secretarías presidenciales, pensiones militares, posibilidades de ejercer funciones diplomáticas e incluso de publicar sus libros sin mucho sacrificio.

²³ Una reciente propuesta sobre el pensamiento nacionalista de Márquez es el provisto en el excelente artículo de Ascensión Martínez Riaza, “El Dos de Mayo de 1866. Lecturas peruanas en torno a un referente nacionalista, 1860-1890” en Mc Evoy (Ed.) *La Experiencia Burguesa en el Perú*. Frankfurt/Madrid: Editorial Iberoamericana, pp. 391-417 (en prensa).

²⁴ Para un recuento de estos convulsionados años en los que se sucedieron ocho gobiernos en la década de 1860 ver Mc Evoy, *La Utopía Republicana*, pp. 32-43.

²⁵ Mc Evoy, *Forjando la Nación: Ensayos de Historia Republicana*. Lima: Instituto Riva Agüero-University of the South, 1999, pp. 84-85.

Gobierno. Su contacto con valiosos fondos documentales le servirán de sustento para la redacción de *El Perú y la España Moderna*.²⁶ Publicada en 1866, dicha obra evidencia sus dotes de ideólogo nacionalista.²⁷ Teniendo como telón de fondo la guerra contra España, la obra es un detallado estudio comparativo de los procesos históricos de ambos países. El objetivo de corte comparativo era mostrar las consecuencias que las luchas internas tuvieron en el progreso, tanto del Perú como de una España a la que Márquez consideraba como verdadero “escombros del mundo feudal”. En 1867 el gobierno premió nuevamente al eficiente burócrata con un consulado en Nueva York, puesto al que renunciará ese mismo año por falta de apoyo estatal. En 1868, una nueva revolución, esta vez liderada por el coronel Balta derroca a Prado, rompe una vez más los vínculos de Márquez con el poder.

El inicio de la década de 1870 sorprende a Márquez en la ciudad Nueva York, adonde viajó para patentar aquella máquina de impresiones simultáneas de la que hablaremos más adelante. Durante esta etapa un nuevo mecenas, el de Henry Meiggs, le permitió dedicar gran parte de su tiempo a las actividades intelectuales, entre ellas a la difusión masiva del conocimiento pedagógico. La influencia de Spencer y Herbert afloran en los escritos de este período, entre los que destacan los publicados en *El Educador Popular*. Con el patrocinio de Meiggs y el apoyo incondicional del gobierno de Manuel Pardo, Márquez se concentró en la divulgación del conocimiento educativo a través de ese periódico pedagógico fundado en Nueva York el 15 de mayo de 1873.²⁸ Desde las páginas de *El Educador Popular*, su fundador se propuso introducir nuevas técnicas educativas, las que tenían por objeto promover una profunda revolución cultural en el magisterio peruano. El periódico publicó traducciones de importantes obras pedagógicas que no llegaban al Perú; asimismo reprodujo nociones sobre los principales idiomas extranjeros, manuales con lecciones de Moigor, Marcel, James, Piles, Wickerhantz, cuentos morales de Schmidt, mitología para niños de Fernán Caballero,

²⁶ José Arnaldo Márquez, *El Perú y la España Moderna*. Dos volúmenes, Lima: Imprenta El Nacional, 1866.

²⁷ Martínez Rianza, *loc. cit.*

²⁸ El periódico decía en su primera página: “*El Educador Popular*. Periódico dedicado a la difusión de la instrucción primaria y secundaria. Publicado bajo la protección del Sr. D. Manuel Pardo, Presidente de la República del Perú. Fundador J.A. Márquez. Director y Editor N. Ponce de León. Administrador N. Cisneros. (Impreso en Nueva York en la librería de N. Ponce de León.)”. El periódico era bisemanal, de 16 páginas cada número. Sus colecciones se dividían en cuatro tomos al año con un índice en cada uno de ellos.

parábolas alemanas, narraciones bíblicas, máximas de Martínez de la Rosa, entre otros textos más.²⁹

Márquez, quien es uno de los primeros intelectuales que utiliza las páginas de un periódico editado en el extranjero para promover el desarrollo de la cultura educativa en el Perú, ha sido considerado como un precursor de los estudios pedagógicos. Su amplio conocimiento en ese campo se nutrió de la experiencia adquirida como profesor en Inglaterra, Cuba, Argentina y Chile, en donde fundó el “Instituto de Valparaíso”. La gran competencia del discípulo de Herrera respecto a temas educativos estuvo también relacionada con su acceso, por su dominio de varios idiomas, a material didáctico europeo y norteamericano. Ello en un momento en que la educación empezaba a ser percibida como una ciencia tanto en lo teórico como en lo metodológico. La empresa educativa de Márquez, en la que combinó los intereses del empresario con los del intermediario cultural, coincidió con el surgimiento del civilismo como opción político-ideológica en el Perú. Así, una nueva alianza con el poder, esta vez con la administración reformista de Manuel Pardo, colocó a Márquez en el epicentro de la producción cultural peruana. Dentro de ese contexto y con el apoyo de capital público y privado, Márquez reformuló y puso en circulación, a través de *El Educador Popular*, un modelo cultural cuyas nociones básicas —el método inductivo por ejemplo— le serán procuradas por el campo intelectual norteamericano y europeo.³⁰

El quehacer intelectual de Márquez no se circunscribió a la mera intermediación cultural y a la transferencia de tecnología educativa foránea. En 1874, con la finalidad de defender las capacidades productivas de la República y denunciar los vicios económicos del modelo monoexportador guanero el escritor participó, desde las páginas del periódico *El Trabajo*, en la esfera pública limeña. En esa oportunidad los artesanos fueron el centro de sus baterías intelectuales. Dentro de la misma tendencia exhibida en *El Educador Popular*, el periódico *El Trabajo* se

²⁹ Gonzáles Elejalde, *José Arnaldo Márquez*, p. 39.

³⁰ Gonzáles Elejalde señala que Márquez durante una de sus estadias en los Estados Unidos (1872-74) escribió cinco *Series de Instrucción Primaria*. Éstas eran *El Alfabeto* (un intento de traducir en Hispanoamérica el método norteamericano); *Sílabas y Palabras* (un manual para enseñar a leer que partía de la construcción gradual de las sílabas); *Geografía, Historia Universal e Historia de América* (escrita por el peruano Luis F. Mantilla) y *Manual de la Escuela* (una guía dirigida a los maestros para la enseñanza de la educación del cuerpo, nociones de Lógica y Metafísica, las distintas etapas en la vida del hombre y nociones básicas sobre gobierno y educación. (Gonzáles Elejalde, *José Arnaldo Márquez*, pp. 40-41.)

convirtió en una faja transmisora de cultura republicana. Elementos básicos de educación técnica e industrial junto con interesantes sugerencias respecto a la necesidad de establecer en Lima un banco industrial de corte cooperativo, capaz de paliar la crisis económica de los “productores nacionales”, son algunos de los aportes de Márquez a la discusión en torno a lo que se ha dado en llamar el “desarrollismo peruano” del siglo XIX.³¹ Las causas progresistas (el trabajo de las mujeres, de los minusválidos y la prestación de servicios sociales para los trabajadores) fueron defendidas desde las páginas de *El Trabajo*. La difusión de lecciones básicas de economía política junto a la promoción de proyectos de mecanización de la agricultura y de la explotación científica de los Andes, el apoyo a la industria pesada del acero y la defensa de una política proteccionista (capaz de resguardar al industrialismo nativo) hablan de la apuesta de Márquez por el nacionalismo económico³² que, como veremos más adelante, debía de asociar trabajo y tecnología.³³

El proyecto del primer civilismo sufrió intensamente debido a los embates de la crisis política y económica de 1877, al asesinato en 1878 de su líder Manuel Pardo y por la declaratoria de guerra por parte de Chile, en 1879.³⁴ En ese contexto tan dramático que significó el desmoronamiento de la opción político-ideológica por la que Márquez apostó, el escritor se alejó del Perú e inició un nuevo periplo por el mundo. Durante el mismo, Márquez no sólo denunció las causas del colapso de la república peruana,³⁵ sino que intentó llevar hasta sus límites el sueño que

³¹ Para estas discusiones y para la idea de desarrollismo en el Perú decimonónico revisar Paul Gootenberg, *Imagining Development. Economic Ideas in Peru's "Fictitious Prosperity" of Guano*. Los Angeles- Berkeley- London: University of California Press, 1993.

³² Gootenberg, *Imagining Development*, pp. 76, 105, 150, 158, 160-163.

³³ El aporte de Kramnick a la discusión sobre los orígenes de la burguesía inglesa es el habernos recordado un aspecto poco estudiado del liberalismo, su renovada perspectiva frente al ocio y al trabajo. En especial lo que este cambio mental significó en el futuro diseño político de la sociedad. En el mundo del trabajo cada uno es su propio autor. Una autoría que no pasa por una experiencia estéril en el universo de las doctrinas huecas, sino por una participación activa en el campo de las realidades económicas. La individualidad se convierte, así, en una cualidad siendo el trabajo su examen concreto y la propiedad, que de él se deriva, una extensión material del ser. Esta ideología económica y social del liberalismo, que tiene como eje al trabajo, es a la que Márquez se adscribe en el periódico *El Trabajo*. Una discusión respecto a la genealogía del concepto de trabajo ha sido elaborada con detalle en *Antología de Manuel Pardo. Estudio Preliminar* de Carmen Mc Evoy. Para los aspectos teóricos de la discusión ver Isaac Kramnick, *Republicanism and Bourgeois Radicalism: Political Ideology in Late Eighteenth Century England and America*. Ithaca and London: Cornell University Press, 1990.

³⁴ Mc Evoy, *La Utopía Republicana*, pp. 179-248.

³⁵ En este sentido es imprescindible revisar la compilación de artículos publicados en *La Libertad Electoral* y que aparecen bajo el título de *La orgía financiera en el Perú: El guano y el salitre*. Santiago de Chile: Imprenta de La Libertad Electoral, 1888.

acarició por muchos años. Sueño que tenía que ver con la inserción del Perú en la revolución tecnológica iniciada, a mediados del siglo XIX, en los centros del poder económico mundial. Esta vez, sin embargo, la apuesta de un intelectual periférico disociado de aquella infraestructura estatal que de manera intermitente lo había protegido, dará paso a una cruzada individual, sustentada en la idea del complicado prototipo de linotipo que su inventor paseó por Europa.

La información que tenemos sobre los difíciles años en los cuales José Arnaldo Márquez vivió a salto de mata entre España y Francia, sufriendo una insoportable miseria, proviene del relato de su amigo Martín García Mérou. El escritor argentino nos narra que en 1885 se reencontró en París con su colega peruano quien le refirió “su triste odisea de soñador y vagabundo” en pos de la concreción de su invento tipográfico. Márquez había cambiado mucho y su aspecto externo, de desaliño absoluto, así lo evidenciaba.³⁶ La inocultable pobreza del antiguo secretario presidencial, diplomático y promotor cultural del civilismo, quien tenía a la fecha cincuenta y tres años de edad, se debía a la exigencia económica a la que lo tenía sometido su invento. Para construir la máquina, encargada de componer tipográficamente e imprimir de una manera mecánica con un número reducido de tipos, Márquez había tenido que vencer innumerables inconvenientes. La máquina, que había sido rehecha cientos de veces en la búsqueda de una perfección inalcanzable, le absorbió todos sus recursos. Cuando el dinero se acabó “empezó la miseria triste, sombría, sin atenuaciones, ni subterfugios”. En un intento por paliar la crisis económica Márquez vendió a una casa editora española la traducción de algunos dramas de Shakespeare,³⁷ pero ello no fue suficiente para solventar los gastos del invento y menos aún para satisfacer la “monomanía de perfección ideal” del inventor. García Mérou cuenta que en la etapa parisiense Márquez “carecía de lo indispensable

³⁶ “Llevaba, a pesar del frío, un sombrero de paja con los bordes deshilachados y carcomidos por el uso; un saco de color indefinido, que disonaba con el pantalón de grueso paño” lo que le daba el aspecto, “semejante al de aquellos héroes de Murger obstinados en la persecución de la gloria, y cuyos trajes parecen haber desafiado todas las inclemencias del Cabo de las Tempestades”. (García Mérou, *Recuerdos Literarios*, p. 67.)

³⁷ En 1885, estando en Barcelona dedicado a la construcción de su invento, Márquez vendió la traducción de ocho obras de Shakespeare. Esta traducción, de impecable calidad de acuerdo a Menéndez Pelayo, salió publicada en la “Biblioteca Artes y Letras” de Barcelona (1884-1888). El primer tomo contenía “Sueño de una noche de verano”, “Medida por medida”, “Coriolano”, “Cuentos de invierno”. En el segundo tomo fueron publicados “Julio César”, “Como gustéis”, “Comedia de equivocaciones” y “Las alegres comadres de Windsor”. (González Elejalde, *José Arnaldo Márquez*, p. 37.)

ble” para vivir, situación que no había logrado doblegar ni su imaginación ni su estoicismo.³⁸

La descripción que hace el escritor argentino del prototipo del linotipo que Márquez le mostró, el cual guardaba en “un almacén húmedo y oscuro situado frente a su casa” parisina, indica que aquel invento (con un vago parecido a las máquinas de escribir norteamericanas)³⁹ estaba “muy lejos de poder ser aplicable a la práctica, y más lejos aún de la perfección necesaria para su funcionamiento regular”. Sin embargo, lo que no mencionó García Mérou en su relato fue el hecho de que Márquez no estaba solo en esa cruzada mitad romántica, mitad republicana en la que había consumido su dinero y sus energías. Al igual que el literato peruano, otros escritores, entre ellos el norteamericano Mark Twain, estaban intentando, mediante la fusión de su individualismo radical con la palabra transmutada por el poder de la tecnología, alcanzar la esfera de lo sublime. No debemos de olvidar que los intelectuales fueron los testigos de excepción de aquella revolución tecnológica que abrió, a mediados del siglo XIX, inmensas posibilidades para el republicanismo y para su proyecto civilizador.⁴⁰

Mark Twain estuvo fascinado, al igual que Márquez, por los inventos relacionados con el campo de las comunicaciones. Este entusiasmo frente a la revolución tecnológica que en ese aspecto estaba ocurriendo en los Estados Unidos lo llevó entre 1880 a 1894 a la más desastrosa de las obsesiones tecnológicas, una enorme inversión de tiempo, dinero y

³⁸ “Juzgaba a los hombres y a las cosas de la vida con un desencanto humorístico, sin acritud y sin reproches” (García Mérou, *op. cit.*, p. 69).

³⁹ Para componer “se daba vuelta a un manubrio que giraba alrededor de dos alfabetos circulares, colocados perpendicularmente, la letra señalada en cada alfabeto iba a incrustarse en una matriz que hacía de efecto componedor y de cliché para el estereotipo. La composición de la pasta maleable de la matriz era también uno de los secretos de Márquez”. (García Mérou, *op. cit.*, pp. 70-71.)

⁴⁰ John Kasson ha observado cómo durante el siglo XIX se da una interesante alianza entre el republicanismo y la tecnología. La conexión era compleja ya que su relación era básicamente la de un intercambio dialéctico en el cual ambos conceptos se transformaban mutuamente. Así, el republicanismo como ideología se desarrolló en consonancia con la idea de una rápida expansión e innovación tecnológica. Los imperativos morales del siglo XVIII fueron modificados para adaptarse a la era de capitalismo industrial. En la medida que el progreso tecnológico proveyó de estabilidad a las instituciones republicanas, el lujo dejó de percibirse de manera negativa. Por otro lado, la ideología republicana colaboró en proporcionar un clima receptivo para la innovación tecnológica. La promesa de una ciencia capaz de ayudar en el ahorro de mano de obra atrajo a una nación preocupada por el establecimiento de la independencia económica, salvaguardia de la moralidad y la promoción de la industria y el ahorro entre sus habitantes (John Kasson, *Civilizing the Machine: Technology and Republican Values in America, 1776-1900*. Capítulo I, New York: Grossman Publishers, 1976).

energía en una máquina de componer tipos muy similar a la que aturdió a su colega peruano. La máquina de Twain denominada *Paige Typesetter* fue una entre las muchas máquinas del siglo XIX diseñadas para automatizar el trabajo de imprenta. En 1884, el intrincado mecanismo que pesaba alrededor de cinco mil libras y contenía unas dieciocho mil partes se volvió obsoleto. Ello, sin embargo, no desalentó a Twain quien al igual que Márquez especulaba en derredor a las grandes ganancias que su invento tipográfico le proporcionaría. En su entusiasmo y frustración frente a su proyecto, el novelista norteamericano desarrolló una conexión irracional entre la novela que estaba escribiendo a la fecha y la máquina que absorbía sus recursos económicos, convirtiéndose él mismo en una suerte de máquina de hacer palabras.⁴¹ La novela de Twain, *A Connecticut Yankee in King's Arthur Court*, fue un éxito literario, situación que le permitió a su autor sobrevivir al fracaso de su quimérico invento. Una opción que obviamente no estuvo al alcance de José Arnaldo Márquez.

Luego del rotundo fracaso de la aventura tecnológica en Europa, Márquez recaló en Chile donde pasó una breve temporada trabajando como redactor del diario de Santiago *La Libertad Electoral*,⁴² en el periódico quincenal *El Boletín de la Industria Fabril* y en *La Revista de Artes y Letras*; además tradujo, por encargo, un poema de Lord Byron de cincuenta páginas.⁴³ De vuelta en Lima, se convirtió en colaborador regular de *El Comercio* ganándose la vida durante sus últimos años como escritor y traductor de obras pedagógicas. De acuerdo con sus biógrafos el ocaso de su carrera fue “cruelmente doloroso”. Su cuerpo minado por muchos años de privaciones y su espíritu desengañado por la adversidad y la incomprensión fueron consumiéndose lentamente ante la indiferencia de las nuevas generaciones que poco o nada sabían sobre su valioso aporte a la cultura peruana. A pesar de todo, en 1901, con motivo de un nuevo aniversario de la Independencia, Márquez compuso lo que sería su “canto de cisne”. En *El canto al Libertador San Martín* el poeta recordó con nostalgia muchos de los valores republicanos que inspiraron a la generación de la Independencia y a las generaciones sucesivas que como la suya los defendieron. En el ocaso de su existencia las inolvidables aventuras vividas en pos del desarrollo cultural del Perú se convirtieron en su único caudal. Por eso, “no pudiendo los viejos vivir de esperanzas”, repetía el prolífico intelectual peruano, “vivimos sólo de recuer-

⁴¹ Kasson, *Civilizing the machine*, pp. 203-215.

⁴² Ver nota 37.

⁴³ González Elejalde, *José Arnaldo Márquez*, pp. 32 y 47.

dos”. El 6 de diciembre de 1903 un ataque al corazón terminó con la vida de José Arnaldo Márquez. El lugar de su deceso —como no podía ser de otra manera para un viajero convicto y confeso como él— fue una de las habitaciones del Hotel Central.⁴⁴ Su inocultable pobreza y los innumerables servicios prestados a la nación empujaron al gobierno de Manuel Candamo a correr con todos los gastos de su sepelio.

“Viajar fue su pasión”

José Arnaldo Márquez exhibe la mayoría de las cualidades que Francis Galton demandaba de los viajeros decimonónicos. Galton, que desde 1855 se propuso analizar en un puñado de libros de difusión masiva lo que él denominó como “el arte de viajar”, opinaba que un buen viajero tenía que ser saludable, poseer un gran deseo de aventura y moderados recursos económicos, pero principalmente aquél debía de colocar su corazón en el viaje, usando para ello todos los medios a su alcance. Si junto a estas calificaciones el potencial viajero exhibía un gusto por el conocimiento y por la ciencia, no existía una carrera en el mundo más ventajosa y más satisfactoria que la de recorrer el planeta.⁴⁵ Las circunstancias históricas en las que vivió Márquez que, en el ámbito mundial, contribuyeron con el éxito editorial del manual que Galton reimprimió varias veces en Inglaterra, permitieron que el escritor peruano atravesara varias veces el continente. En “balandra o en velero, emigrado o en misión especial” Márquez, un testigo de excepción de la revolución tecnológica que acortó el tiempo y la distancia en la inestable *Era del Capital*,⁴⁶ exhibió una “pasión por viajar” que le permitió cabalgar “sus ideales sobre los lomos del océano”.⁴⁷ En la descripción de sus viajes (en especial a los Estados Unidos) Márquez combinó la perspectiva del racionalista ilustrado con la del escritor romántico. Ello con la finalidad de modelar un imaginario republicano para su convulsionado país.

El 27 de abril de 1857, con su nombramiento de Cónsul bajo el brazo, José Arnaldo Márquez emprendió su viaje a los Estados Unidos de

⁴⁴ De acuerdo con Arriola, Márquez tuvo como compañera sentimental a Antonia Deorila Ochoa (de nacionalidad argentina) con la cual tuvo una hija, Dolores de las Mercedes, nacida en Lima pero criada en Argentina. Para la fecha que Arriola escribió su biografía tuvo la oportunidad de entrevistarla en Buenos Aires. (Arriola, *José Arnaldo Márquez*, p. 22).

⁴⁵ Francis Galton, *The Art of Travel (1872) or shifts and contrivances available in wild countries*. Introducción de Dorothy Middleton. London: Phoenix Press, 1971, p. 1.

⁴⁶ Eric Hobsbawm, *The Age of Capital: 1848-1875*. New York: Vintage Books, 1996.

⁴⁷ Arriola, *José Arnaldo Márquez*, p. 23.

Norteamérica. Su partida, en un barco de vapor de la línea Valparaíso-Panamá, le provocó una gran melancolía. A pesar de que no era su primera travesía fuera del Perú, Márquez no podía prescindir “de un sentimiento de viva afección y de gran tristeza” por la separación de su “patria y de su círculo de afectos”. Sus preocupaciones, especialmente en torno a lo incierto de su regreso, no eran infundadas, el país que dejaba atrás no terminaba de recuperarse de una guerra civil que le había costado miles de muertos a la nación y millones de pesos al fisco y en el horizonte se vislumbraba un nuevo conflicto regional. El sentimiento de tristeza y de nostalgia frente a la inestabilidad que había caracterizado la historia peruana e hispanoamericana fue traducido en una serie de descripciones cargadas, a la manera de los románticos, de memoria histórica.⁴⁸ La vista de “La roca negra”, por ejemplo —un islote en la costa peruana—, sirvió para que recordara el hundimiento de la fragata “Mercedes”. Este hecho tuvo como consecuencia la muerte de los 850 miembros de un batallón destinado a engrosar al ejército del gobierno en la guerra civil de 1854. El sacrificio inútil de cientos de personas que iban a pelear “por una causa que no conocían” fue descrito como una “hecatombe humana”. La conexión entre paisaje y memoria histórica (el caso de Cuba es otro ejemplo) será una constante a lo largo del relato de Márquez. Sin embargo, su narrativa no desdeñó aspectos más pragmáticos, del tipo de los que empezaban a tener prioridad en las guías turísticas de la época. De esa manera en el relato del viaje a los Estados Unidos su autor nos informa que el costo del pasaje Callao-Panamá era de ciento cincuenta dólares en primera clase y cien en segunda; que el precio del hotel en Panamá era de tres dólares diarios; que el valor de un boleto de tren entre la ciudad de Panamá y Colón era de veinticinco dólares; y que el “Star West”, el vapor que lo transportó a su destino final, había embarcado “como cigarros de La Habana en su cajilla” a quinientos pasajeros. Ello determinó que en la travesía, que duró cuatro semanas, reinara “una familiaridad saturada de un gusto más que democrático”.

⁴⁸ Una de las características del Romanticismo fue la urgente necesidad de trascender tanto lo familiar como lo geográfico. Dentro de ese contexto la práctica del viaje hacia tierras desconocidas funciona en el viajero romántico como un tropo fundamental en el proceso de la exploración estética y psicológica. Los viajes del siglo XVIII (de corte científico o de intenciones moralistas) no fomentaron la subjetividad del narrador. Por ello sus deseos, ansiedades y preferencias personales fueron obviadas en sus relatos. Como contrapartida el viajero romántico, que tiene su momento de gloria entre 1815 y 1850, volcará en su crónica una buena parte de sus emociones, entre ellas el temor a un pasado que amenaza con resurgir si se le convoca en los lugares a los que estaba ligado. Así, la noción de objetividad desaparece debido a que el narrador se convierte en director y guionista de su experiencia

Debido a la revolución en las comunicaciones ocurrida a mediados del siglo XIX, el viaje se democratizó. Paul Fussell observa que durante esta etapa histórica, en la que se masifica el viaje en ferrocarril y a vapor, las clases medias dejan de lado el “Gran Tour” de corte didáctico y romántico por los viajes de placer.⁴⁹ La percepción de la tierra como un lugar que podía ser aprehendido se refleja en la narrativa del período, especialmente en los cientos de guías turísticas que inundaron el mercado. Los escritores-viajeros, así como los generadores de la literatura realista, mostraron su interés en describir en jornadas lugares predeterminados, tanto de las fronteras geográficas como de las textuales, mediante viajes lineales a través del mundo físico y del paisaje ficticio de la novela. Los trabajos de los escritores-viajeros muestran aquel tipo de obsesión por detallar personas, lugares y cosas, como la que Márquez exhibe en su crónica. El valor dado al acto de observar encuentra su caja de resonancia en las guías turísticas, un documento que se convierte en imprescindible para todo viajero decimonónico.⁵⁰ A pesar de que la generación romántica a la que perteneció Márquez estuvo muy atraída por la travesía marina,⁵¹ formas modernas de locomoción que fomentaban la rapidez y la eficiencia —como el ferrocarril que le permite cruzar en cuatro horas el istmo de Panamá o el “Star of the West” que lo traslada en cuatro semanas a Nueva York—, instaura un “tempo” diferente, a la vez que incentiva la masificación del hasta entonces acto individual de viajar.⁵²

personal como viajero. Una interesante discusión sobre el tema es la provista por Roger Cardinal en “Romantic travel” en Roy Porter (Ed.) *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*. London and New York: Routledge, 1997, pp. 135-155.

⁴⁹ Paul Fussell explora estas ideas en *Abroad: British Literary traveling between the Wars*. Oxford U.P. New York, 1980 y también en *The Norton Book of Travel*. New York: Norton, 1980.

⁵⁰ Las guías turísticas que aparecieron en los Estados Unidos en la década de 1820 proporcionaban información sobre rutas, horarios de transporte, precios, hoteles y sugerencias respecto a los lugares que debían ser visitados por el turista. Debido a que muchos viajeros empezaron a depender de este tipo de guías, durante las décadas de 1830 y 1840 se establecieron rutas turísticas específicas: El “Fashionable Tour”, “Northern Tour” o simplemente el “Gran Tour”. Las rutas de este último variaban anualmente en la medida que nuevos lugares eran descubiertos e incorporados en la ruta turística. (Alison Russell, *Crossing Boundaries. Postmodern Travel Literature*. New York: Palgrave, 2000, p. 4.) Un ejemplo notable de lo anterior es el libro de Theodore Dwight, *The Northern Traveller*, una popular guía que en 1825 apareció con 213 páginas para crecer a 382 en 1841. La expansión del “Gran Tour” tuvo que ver con la adición de nuevos territorios y con las transformaciones ocurridas en los medios de transporte (Beth Lueck, *American writers and the Picturesque Tour: The Search for National Identity, 1790-1860*. New York and London: Garland Publishing, 1997, pp. 17-18).

⁵¹ La sensación de navegar a la deriva parece haber conducido a fantasías de omnipresencia y de omnipotencia de muchos de los escritores románticos. (Cardinal, *loc. cit.*, p. 144).

⁵² Éste es uno de los argumentos que Wolfgang Schivelbusch plantea en su libro *The Railway Journey: The Industrialization and Perception of Time and Space*. University of California Press, 1990.

El surgimiento del viaje turístico en gran escala forzó a los románticos a revalorizar la ideología aristocratizante que les sirvió de sustento. Y es que a partir de mediados de siglo XIX los itinerarios de viaje formulados por Thomas Cook con sus guías, horarios fijos y opciones preestablecidas representan la alternativa burguesa al viaje poético. Así, el ideal del viaje romántico gozó de una vida corta, siendo superado por las nuevas propuestas que ofrecía el capitalismo en expansión.⁵³

Su acercamiento a las profundas transformaciones ocurridas en la ciudad de Aspinwall (Colón) posibilitan que Márquez explore en su crónica el impacto del capitalismo en Hispanoamérica y la tensión entre tradición y modernidad que se vivía en la región. Hasta antes de llegar a la ciudad de Colón —suerte de garganta geográfica entre el norte y el sur del continente—, su relato estará consagrado a resaltar lo pintoresco de los lugares y de las gentes que el autor irá encontrando en el camino. Guayaquil lo deslumbra por su “muchedumbre de islas” cargadas de vegetación, cuya “extraordinaria hermosura” suspendía y trastornaba a quien las contemplaba por primera vez. Al llegar a Panamá, Márquez se sorprende por el “pintoresco laberinto” de “bellas y variadas formas” de su bahía y por la “vocería verdaderamente infernal” proveniente de algunos botes “conducidos por remeros negros, casi desnudos” que invitaban a los pasajeros a abordarlos. El viaje en tren con el que atraviesa el istmo panameño lo pone en contacto con “una multitud de paisajes tan originales y románticos y una sucesión incesante de variados detalles” imposibles de describir. El encuentro con lo pintoresco, en cuya relación nuestro cronista sigue un protocolo similar al establecido previamente por las guías turísticas de época,⁵⁴ fue de la mano con su profundo rechazo por lo negligente, lo desorganizado, lo folclórico, lo ruinoso y lo desaseado de las ciudades visitadas. La indolencia que observa en la ciudad de Panamá, con sus habitantes que se abandonaban diariamente al goce del *dolce farniente*, tenía que ver no sólo con lo caluroso del clima sino con

⁵³ Cardinal, “Romantic Travel”, pp. 148-49.

⁵⁴ Guías turísticas como la de Gilpin a menudo incluían anécdotas históricas, leyendas locales y narraciones de lo que se iba encontrando a lo largo del viaje, éstas contribuían para establecer asociaciones tendientes a resaltar la belleza pintoresca. Este tipo de digresión, que abunda en el relato de Márquez, provee del descanso necesario para un viaje largo donde abundan las rocas, montañas y océanos. La digresión, de acuerdo a Lueck, sirve para que el narrador satisfaga el interés de una audiencia variada que puede aburrirse con una mera descripción de paisajes. Asimismo, ella puede resultar particularmente útil al viajero y a su público porque les da a ambos la libertad de expatriarse de los sujetos o ideas sugeridas por las tierras por las cual se viajaba, sin dejar de preservar la estructura básica del viaje pintoresco. (Lueck, *American writers and the Picturesque Tour*, p. 13.)

la ignorancia y desorden de sus pobladores. El contraste entre el flujo turístico (20 000 pasajeros cada año) y la calidad de vida de la población del istmo era un hecho innegable para el acucioso viajero peruano.

Colón se perfilaba, sin embargo, como una realidad alternativa al desorden prevaleciente en la región. Con cuatro muelles, fábricas para la maquinaria y los útiles del ferrocarril, vastos almacenes, varios hoteles, edificios elegantes y un movimiento económico activo, el estratégico puerto atlántico estaba siendo asimilado “al progreso comercial de los pueblos del Norte”. De la explicación anterior es posible deducir que lo que Márquez intentaba señalar era la profunda tensión que se vivía en la región. Era en el istmo donde se estaba dando la crucial batalla entre el mundo sajón (“activo y emprendedor”) y la fiera tradición (“lenta en su movimiento de progreso y estacionaria”) representada por la ruinosa ciudad hispánica de Panamá. En esa lucha, que era por la hegemonía económica y cultural, Estados Unidos no estaba solo. Sin embargo, a pesar de estar en mejor posición por el hecho de ser una República y de su cercanía geográfica a Hispanoamérica, “una diplomacia intolerante, exagerada en sus pretensiones, abusiva de su poder y vejatoria para los gobiernos” de la región hacía peligrar el equilibrio geopolítico de la zona. Así, en América Central, Inglaterra, Francia e incluso la misma España intentaban enfrentarse a las pretensiones de los Estados Unidos.

El abandono de las legaciones norteamericanas en “manos de indignas mediocridades” era causa, según Márquez, de una política “miserablemente egoísta” además de “insensible a las nobles aspiraciones de la civilización y de la humanidad” que existían en Hispanoamérica. Las actitudes desdeñosas e insolentes de los representantes diplomáticos, que herían el amor propio y la dignidad de los hispanoamericanos, provocaban innumerables inconvenientes. En lo cotidiano, la mortificación del poblador panameño se manifestaba en agresiones concretas contra los *yankees* a quienes, según Márquez, constantemente se les estaba. En una lectura más bien personal de los graves problemas que la expansión norteamericana estaba provocando en Panamá, su crónica esboza la noción de que eran las personas y no las políticas de Estado las que perturbaban las relaciones entre sajones e hispanos. Es por ello que la apuesta del autor por una diplomacia “tolerante y conciliadora” no tomó en cuenta el hecho de que los Estados Unidos, “la república modelo”, ahora propulsada por ese “Destino Manifiesto” que tanto irritaría a

la generación posterior de intelectuales hispanoamericanos, estaba en pleno tránsito hacia sus formas imperiales.⁵⁵

En la última etapa del viaje de Márquez —el trayecto Colón-Nueva York—, el escritor esbozó un retrato sociológico de los pasajeros del “Star of the West”, a la vez que exploró una serie de asuntos, entre ellos, la situación política de Cuba. El barco era para Márquez un mundo en miniatura donde convergían todas las clases sociales: “un senador de los Estados Unidos” que “se dirigía al Capitolio”, un “especulador de la bolsa” quien “ostentaba un enorme diamante sobre una camisa de dudosa limpieza”, un soldado “que recitaba sus aventuras y regresaba a Mobile llevando por todo trofeo de la expedición una bolsa vacía y una herida recientemente cerrada”, así como un grupo de inmigrantes franceses, españoles e ingleses que intentaban acortar la jornada tarareando un puñado de canciones típicas que probablemente les hacían recordar “la patria distante” y “los años de felicidad huidos”. En la cubierta, donde “apenas quedaba espacio para moverse”, pululaban los vendedores ambulantes. La “variedad infinita de posturas, movimientos y colores” era una señal del relativo espíritu democrático que se respiraba en el “Star of the West”. Sin embargo era también obvio que las jerarquías sociales no habían desaparecido del barco. La cabina de segunda, cuyo recuerdo era para Márquez el de “una pesadilla”, será descrita como un lugar oscuro, estrecho e irregular; “menos espantoso pero más digno de evitarse que el infierno de Dante” era lo que el escritor opinaba de su corta pero impactante experiencia en una de las cabinas de segunda clase de la embarcación que lo llevó a Nueva York.

La asociación entre la geografía y la memoria histórica, uno de los componentes de la estrategia narrativa usada por Márquez, vuelve a aflorar en su travesía por el Caribe. Historias sobre piratas, los feroces caribes o la revolución en Santo Domingo le hicieron “más soportable la monotonía” de un viaje que desde el Callao hasta Nueva York le tomó treinta y ocho días completar. En su descripción de un entierro en alta mar, en la que reflexiona en torno a la precariedad de la vida y sobre el significado de morir fuera de la patria,⁵⁶ es posible observar cómo un terco nacionalismo convivía con el espíritu cosmopolita que el literato

⁵⁵ Peter Smith, *The talons of the eagle: Dynamics of U.S. Latin American relations*. New York and Oxford: Oxford University Press, 1996, pp. 20-39.

⁵⁶ Comentaba Márquez respecto a la imponente ceremonia fúnebre: “un pasajero que acababa de morir yacía envuelto en la bandera de su patria, como si ésta fuese una madre sublime o una segunda Providencia que extendía hasta el sepulcro su solícito amparo por uno de sus hijos”.

peruano intentaba comunicar en su relato. La dimensión continental de aquel nacionalismo será exhibida, asimismo, en el análisis que hace Márquez de la “cuestión cubana”. Cuba era para él un espacio imaginario colmado de poesía, “una especie de Edén engalanado con todas las bellezas del mundo”. Para un escritor que se había entregado con avidez a la lectura de los historiadores y poetas cubanos, la presencia española en la isla le provocaba dolorosos sentimientos. Su propuesta, ante el inadmisibles colonialismo español, era promover la participación de todas las repúblicas hispanoamericanas en la independencia de la isla caribeña. Lo anterior redundaría en efectos concretos, “distraería del suelo de las naciones del sur ese espíritu belicoso” que estallaba frecuentemente en guerras civiles y permitiría “revivir los gloriosos recuerdos históricos” a cuyo favor se podían realizar los esfuerzos de unión panamericana. Según Basadre, Márquez es junto a otros románticos un “americanista, antihispanista, republicano y belicista”. Es por ello que entre sus objetivos estuvo el colaborar de manera activa con la independencia no sólo de Cuba sino también de Puerto Rico.

Su arribo a Nueva York provocó una gran exaltación en el joven diplomático peruano. Era tal su estado de entusiasmo que la noche anterior a su desembarco en la “ciudad imperio” no pudo dormir. Y no era para menos, después de 38 días de su salida del Callao y de recorrer 4 000 millas, finalmente llegaba al lugar que él consideraba el “emporio de los Estados Unidos y acaso la segunda ciudad comercial de la tierra”. Una metrópoli que era la expresión genuina de la *Era del Capital* que con sus dos millones de habitantes duplicaba a toda la población del Perú. Lo peculiar de Nueva York radicaba, de acuerdo a Márquez, en que su influencia civilizadora se irradiaba pacíficamente mediante el poder de su industria. La observación de este fenómeno le permitía discurrir sobre la importancia del poder industrial y respecto a los peligros de su carencia en naciones débiles donde la hegemonía era ejercida por otras más poderosas. Debido a que la diferencia entre las naciones radicaba, esencialmente, en cuestiones económicas, Márquez planteará una pregunta fundamental. Si Hispanoamérica estaba igualmente dotada de los recursos materiales que tenían los Estados Unidos, ¿por qué aquella no había logrado un desarrollo económico similar? La respuesta que ensaya para resolver esta interrogante se encuentra registrada en la segunda parte de su crónica. Allí su análisis de tipo culturalista se concentrará en un estudio detallado de los rasgos principales de los Estados Unidos como nación: las leyes y costumbres que plantaron los

gérmenes de su prosperidad, así como las condiciones de su vida política en las que se encontraba encerrado “el secreto de ese engrandecimiento sin ejemplo en la historia” que con “tanta justicia” asombraba a los hispanoamericanos.

La República modelo

Estados Unidos era un país de oportunidades y el mérito era su valor supremo. En contraste con la aristocrática Europa, refugio de la ignorancia y de la fuerza, la república del Norte promovía y premiaba el esfuerzo personal. Dentro de ese contexto, Márquez afirmaba que la dignidad y la energía eran las características distintivas de la sociedad norteamericana. La persistencia del Antiguo Régimen en el Viejo Continente era la causa directa de la emigración a América de millones de personas que arribaban en busca de “una existencia menos miserable y de una sociedad más equitativa”. A pesar de que Hispanoamérica poscolonial también se sustentó en el modelo republicano que tantos beneficios le había deparado a los Estados Unidos, la ineptitud de sus gobiernos no permitió la instauración de instituciones republicanas en la región. Aquella incapacidad política, demostrada a lo largo de treinta años de desastres, estaba estrechamente unida a la ausencia del “espíritu republicano”, lo que podía constatarse al observar la contradicción entre las leyes políticas y la terca cultura aristocrática que desestimaba la dignidad del trabajo. Márquez, promotor como muchos otros intelectuales de una revolución cultural en Hispanoamérica, creía en que, para “conservar la república” hispanoamericana, se debían destruir todos “los vestigios de las sociedades de antiguo régimen aristocrático”. El cambio debía apuntar a una instrucción pública eficiente y a una existencia dirigida al bien de la sociedad por medio del trabajo que junto con la libertad eran, para Márquez, los más altos títulos de un hombre.

La libertad que se respiraba en los Estados Unidos causaba “una admiración profunda al pobre republicano de la América del Sur, acostumbrado a la vista de los soldados y los uniformes; las paradas, los bandos y las manifestaciones de todo género con que la autoridad” constantemente le recordaba sobre la precariedad de sus derechos. En comparación, la ausencia de intervención estatal en la vida de los ciudadanos norteamericanos permitía el desarrollo ilimitado del potencial humano y la consecución de la felicidad. La promoción de la creatividad individual, basada en el trabajo y la libertad, había provocado,

de acuerdo a Márquez, que una colonia con menos de cien años de independencia rivalizara con los más antiguos y poderosos imperios del mundo.

Cabe recordar que sus elogiosos comentarios sobre la “república modelo” tienen antecedentes en la tradición intelectual peruana.⁵⁷ Como hemos observado en un trabajo previo, la atracción de los intelectuales peruanos hacia el modelo republicano de los Estados Unidos puede rastrearse hasta los años previos a la Independencia. En 1814, el burócrata colonial Manuel Pardo y Ribadeneyra, afirmaba que había sido “el ejemplo angloamericano” el encargado de sentar las pautas y de sostener “las esperanzas de los patriotas peruanos”. Luego de obtenida la Independencia, la prensa limeña influenciada por el republicanismo de Thomas Paine no sólo destacó las virtudes republicanas de George Washington, sino que recordó que eran los Estados Unidos el lugar donde la humanidad había recuperado la dignidad perdida y donde “la virtud y el mérito” derrotaron al “rango y a la nobleza”. Faustino Sánchez Carrión, uno de los creadores del lenguaje secular de la revolución política y cultural que la Independencia trajo a la superficie, señalaba que “con sólo trocar la cara [hacia el] Norte” los peruanos veían “abierto el inefable libro en que con caracteres de oro” se leía “Igualdad, Seguridad y Propiedad”.⁵⁸ El interés por establecer una filiación republicana con los Estados Unidos no fue una tarea exclusiva de los pensadores y políticos peruanos. El retrato de Henry Clay, que John Neagle pintó para conmemorar el establecimiento, en 1826, de las relaciones diplomáticas peruano-norteamericanas, mostraba al lado derecho del senador el mapa del Perú, país que emergía a su etapa republicana bajo la égida de la bandera estadounidense. Así, en un claro intento por alcanzar una hegemonía cultural en la región, Estados Unidos, con el apoyo de Henry Clay, quien en el cuadro

⁵⁷ El republicanismo ha sido estudiado como un concepto que reflejó algo más que la eliminación del rey y la institución de un sistema representativo. En los Estados Unidos, específicamente, el republicanismo además de proveer de legitimidad a las fuerzas rebeldes añadió una dimensión moral y una profundidad utópica a la separación política de Inglaterra. Lo que determinaba la grandeza de una república era el carácter y el espíritu de su gente. Así, la virtud pública se volvió preeminente y conceptos tales como la frugalidad, la templanza y la simplicidad fueron relevados. Para un balance de la innovadora aproximación analítica norteamericana, que trajo a la discusión la dimensión social y cultural del republicanismo, ver Daniel Rodgers, “Republicanism: The career of a concept” en *The Journal of American History*, vol 79, N.º 1, June 1992, pp. 11-38.

⁵⁸ Este punto ha sido desarrollado con detenimiento en mi artículo “Seríamos excelentes vasallos y nunca ciudadanos: Prensa republicana y cambio social en Lima, 1791-1822” en Ivan Jaksic (Ed.), *The Political Power of the Word: Press and Oratory in Nineteenth-Century Latin America*. London: Institute of Latin American Studies, 2002, pp. 56-62.

fungió de partero político, elaboró un nuevo ámbito simbólico en donde era factible reproducir sus propias virtudes republicanas.⁵⁹

Las virtudes republicanas que florecían en los Estados Unidos y que despertaban el asombro de Márquez estaban relacionadas con la libertad religiosa, la educación pública, la prensa periódica, las lecturas, el espíritu nacional, la beneficencia pública y la condición de la mujer y el niño. Respecto a la libertad religiosa, el escritor peruano observaba que todas las religiones y todas las sectas tenían cabida en la América del Norte. Sin dejar de lado el importante papel jugado por la religión católica en la tarea civilizadora en Hispanoamérica, Márquez asumió una abierta defensa de la secularización del Estado. Para él las repúblicas del Sur, al confundir la Iglesia con el Estado, lo único que fomentaban eran gobiernos provistos de autoridad espiritual y de autoridad política, lo que era una receta segura para el despotismo. Lo interesante del modelo secular norteamericano, y aquí probablemente Márquez tuvo en mente la propuesta de Gonzáles Vigil para el Perú,⁶⁰ es que la ley de los Estados Unidos no imponía ninguna religión y ni la república ni su gobierno eran ateos. Una sociedad secularizada como la norteamericana permitía, por otro lado, el florecimiento de una religión cívica cuyo mayor soporte era su educación pública, la que promovía el orden y el respeto por la ley. Así, las instituciones republicanas tenían un arraigo sólido en los Estados Unidos porque la educación, mecanismo de movilidad y nivelación social en la que el Estado invertía cientos de miles de dólares, tenía como misión formar y educar a los ciudadanos. En contraste, la imperfección de las instituciones republicanas en Hispanoamérica provocaba la ausencia de oportunidades educativas para los más necesitados. Entre una clase relativamente refinada por la instrucción y un pueblo sumiso y ciego por la ignorancia, “¿qué igualdad —se preguntaba Márquez— podía existir?”

La brecha tecnológica entre la república del Norte y las repúblicas hispanoamericanas sólo podía ser remontada mediante la educación y el establecimiento de una cultura de la tolerancia. Las transformaciones económicas y tecnológicas ocurridas en el mundo hacían obligatoria la incorporación del Perú a la comunidad mundial del conocimiento. “Nuestra condición es clara y terminante”, vaticinaba Márquez, o el gobierno

⁵⁹ Bruce A. Harvey, *American Geographics: U.S. National Narratives and the Representation of the Non-European World, 1830-1865*. California: Stanford University Press, 2001, pp. 151-53.

⁶⁰ El aporte de Vigil a la discusión en torno a la nación peruana ha sido analizado en Mc Evoy, *Forjando la Nación*, pp. 204-208.

peruano invierte “a lo menos un millón y medio anual en educación” para contar de ese modo “con alguna instrucción científica e industrial” o se condena al país a “quedar bajo la tutela de otra nación, o a ser absorbido por ella”. Márquez fue testigo presencial de la mutación de aquella *República de las Letras*, en la que con regular éxito se habían venido incorporando los letrados coloniales y también los republicanos, en una *República Tecnológica* la cual descansaba en el conocimiento sofisticado y en la experiencia.⁶¹ La carencia de dichos atributos era un problema de graves consecuencias socioeconómicas para el Perú. Y es que “por falta de conocimientos”, señalaba Márquez, el producto de las industrias peruanas no podía compararse con los del extranjero; “por falta de conocimientos” el Perú no contaba con obreros calificados y por ello los peruanos debían de “pagar precios enormes” por telas importadas cuyas materias primas vendían a “precios ínfimos”; “por falta de conocimientos” se producía mucho menos de lo que se consumía; también, “por falta de conocimientos” la balanza mercantil peruana presentaba una “pérdida enorme todos los años”. En esa difícil coyuntura era “la industria de los pájaros que dejaba el guano de las islas” y no el trabajo constante de los peruanos lo que soportaba el precario presupuesto nacional. Debido a la fragilidad de aquel recurso natural era tarea fundamental del Estado el crear los medios necesarios para invertirlos en una sólida infraestructura educativa. Si ello no ocurría, “la libertad y la república” no pasarían de ser más que “una mentira y un imposible” en el Perú.

La inquietud de Márquez frente a los dramáticos cambios socioeconómicos, ocurridos en los centros de poder mundial, muestra el interés de los intelectuales periféricos por sacar ventaja de los beneficios materiales originados durante la *Era del Capital*. El telégrafo, el barco de vapor, los ferrocarriles y la difusión masiva de la información permitieron la creación de una imagen universal del progreso. Ese experimento occidental, en el cual las periferias cumplieron papeles secundarios y que tuvo como contexto el acortamiento del tiempo y del espacio, colaboró en producir un sentido de inmediatez y también un tipo de ansiedad y de exigencia pragmática que no había existido antes.⁶² La integración de tecnología y civilización republicana, que yace en la apuesta de Márquez, planteó cuestiones a nivel económico y social, así como tam-

⁶¹ Daniel Boorstin, *The Republic of Technology : Reflections on our future community*. New York:Harper & Row, 1978.

⁶² Una experiencia de viaje que muestra similar sentido de inmediatez y exigencia pragmática es el de Manuel Pardo a Jauja. Ver: Mc Evoy “Estudio Preliminar” en *Antología de Manuel Pardo*.

bién en el plano cultural y de los imaginarios. Porque hay que recordar que el republicanismo además de significar la libertad política auguró, desde sus inicios, la liberación de la mente y del espíritu humano.⁶³ La visión utópica del republicanismo peruano, en su vertiente inspiradora del desarrollo integral del hombre, que se sintetiza en la frase de Sánchez Carrión sobre “las calles empedradas de plata” que la era republicana provocaría, aludió a aquella promesa material pero también ética que Jorge Basadre brillantemente reivindicaría. Sería una en la que la cultura del conocimiento y de la tecnología cumplirían la función de liberar ese poder creativo que el proyecto republicano privilegió. Por ello, tanto para el norteamericano Emerson como para el sudamericano Márquez, la democracia política era incompleta si no conducía a la libertad humana, en el sentido de la concreción de un estado de conciencia iluminada en la que los poderes éticos y creativos podían emerger. Ello porque el republicanismo estaba asociado con el regeneracionismo y con la refundación histórica a la que se refirieron sus más tenaces defensores.

Un valioso auxiliar de la educación republicana era la prensa periódica la cual ejercía, de acuerdo a Márquez, un positivo influjo sobre las masas. Los periódicos, que en los Estados Unidos podían llamarse enciclopédicos, “se multiplicaban al infinito” transmitiendo diariamente el movimiento político, religioso, científico y económico del mundo “a los últimos confines de la sociedad”. La calidad de la prensa, con sus “nociones, explicaciones y cuadros estadísticos de todo género”, posibilitaba que el norteamericano promedio accediera a un tipo de instrucción de la que se carecía en los países hispanoamericanos. Márquez estaba fascinado de ver cómo en Nueva York se desplegaba una suerte de sociedad de la información en la que “un descubrimiento, una invención o un suceso cualquiera” eran difundidos por la prensa “con eléctrica rapidez”. Las consecuencias de ello en la moral pública eran considerables ya que “la inteligencia, contando con un vasto teatro donde exhibirse y hacerse conocer” era permanentemente estimulada “para mantenerse despierta” y no “desmayar en su carrera bienhechora”. En ese privilegiado escenario, “toda acción noble, caritativa y patriótica” que llegaba a un periódico se reproducía “al instante en los demás”.

En defensa de una esfera pública culta y civilizada, Márquez se adscribe a la noción republicana en la que el ser humano podía ser radicalmente transformado por el poder del conocimiento, cuyo vehículo era

⁶³ Esta fundamental discusión aparece en Kasson, *Civilizing the Machine*, pp. 109-111.

la palabra. Partiendo de esa premisa, la tarea de los publicistas republicanos se resumía en educar la opinión pública.⁶⁴ Y es que entre el mundo de las letras y el proyecto modernizador hispanoamericano, que encuentra en la escritura un modelo de racionalidad y un repositorio de ideas ordenadoras, existe una relación no sólo similar sino de identidad muy profunda.⁶⁵ En el contexto de cambios socioeconómicos acelerados, que Márquez describe, era lógico asumir que la acción de los escritores podía extenderse “por toda la superficie de la tierra”. Estos comentarios coinciden, así, con los vertidos en 1857 por otro republicano, el uruguayo Juan Espinosa. En efecto, el ex combatiente de las guerras de la Independencia, radicado por varias décadas en Lima, se sorprendió al igual que su colega peruano de los avances tecnológicos que habían permitido la universalización de la *República de las Letras*. Un hecho trascendental que, según el autor del *Diccionario Republicano*, abría infinitas posibilidades para la irradiación del pensamiento de los intelectuales a “cualquier punto del globo”.⁶⁶

En el marco de los intensos cambios que sirven de referente a su crónica de viaje, Márquez intentará redefinir la función de los intelectuales peruanos. Como su propia historia así lo confirmaba, el papel de aquéllos dependió de una precaria alianza con el Estado. Una situación onerosa para el fisco y que Márquez proponía superar ofreciendo otras alternativas más acordes con los nuevos tiempos. A partir de un análisis detallado en torno a las bondades que las lecturas públicas guardaban para la educación popular norteamericana, Márquez percibió que el espacio de la sociedad civil era el lugar donde debían de volcarse las capacidades de los intelectuales. En Hispanoamérica, además de colaborar en la elevación de la dignidad popular, las lecturas públicas podían convertirse en una fuente de subsistencia para los pensadores desocupados. El modelo que Márquez tomó prestado de los Estados Unidos ofrecía “un recurso decoroso a muchos jóvenes, que por falta de capital e industria” se veían obligados a “lanzarse en las revoluciones” cuando no podían “obtener un lugar en las carreras del Estado”. En épocas de tranquilidad las lecturas públicas servirían para “disminuir el número de los que por las mismas causas” estaban destinados a pesar sobre el

⁶⁴ Este argumento ha sido elaborado con detalle en mi estudio preliminar del *Diccionario Republicano de Juan Espinosa*. Lima: Instituto Riva Agüero y University of the South, 2001, pp. 56-63.

⁶⁵ Julio Ramos, *Divergent Modernities: Culture and Politics in Nineteenth Century Latin America*. Durham y Londres: Duke University Press, 2001, p. 41.

⁶⁶ Juan Espinosa, *Diccionario Republicano*, p. 59.

erario ocupando puestos excedentes” o sobre la sociedad entera “por medio de la inacción” a la que se veían “condenados”. El caso peruano, opinaba Márquez, era representativo de la penosa situación por la que atravesaban multitud de intelectuales carentes de ocupación, y por ello forzados a vivir de los recursos del Estado. En esa línea de análisis, el escritor opinaba que una de las más urgentes necesidades de la política peruana era abrir espacios alternos para la actividad de los jóvenes profesionales, y así alejarla de “la necesidad de pretender colocaciones oficiales”. Si ello no ocurría “la misma inteligencia e instrucción de los jóvenes” se convertiría en un arma terrible para la tranquilidad pública. Ello porque la precaria estabilidad política del Perú guardaba relación con “la acción desorganizadora de hombres inteligentes impulsados “por la mano implacable de las necesidades personales”.

Los comentarios de Márquez respecto a la inestable situación de los intelectuales peruanos y a las amenazas que sus necesidades no resueltas creaban sobre las instituciones políticas del país son realmente innovadores. La agudeza de su análisis da cuenta de un proceso en el cual el antiguo paradigma del letrado colonial buscó ser remplazado por el del escritor moderno cuyo sustento derivaba de la conformación de un mercado para su producto intelectual. Cabe recordar que desde la etapa colonial, en la que la idea de la “República platónica” arribó a América, sus ciudades requirieron de un grupo social de especialistas, los denominados letrados. La fuerza de los mismos residió en su estrecha asociación con la palabra escrita, con la ciudad y con el poder.⁶⁷ Sin embargo, mientras que la “ciudad de las letras” bajo el control letrado operaba en el campo de los significantes, constituyendo un sistema casi autónomo, la sociedad de las realidades sociales lo hacía en el campo de la gente y los objetos, provisionalmente aislada de la cadena de significantes lógicos y gramaticales de los letrados. A principios del siglo XIX la relación entre el intelectual y el poder sufrió una importante mutación. Lo que ocurrió en realidad fue el gradual desencuentro, como

⁶⁷ Ángel Rama. *La Ciudad Letrada*. Hannover, N.H: Ediciones del Norte, 1984. La versión que hemos utilizado para este trabajo es la traducción al inglés de John Chasteen. *The Lettered City*, Duke University Press: Durham y Londres, 1990, pp. 16-22. El dominio casi absoluto sobre el universo de los signos y su organización al servicio del monarca fueron las tareas esenciales de los intelectuales coloniales. En ese contexto, las capitales virreinales dieron cabida a una multitud de administradores, educadores, profesionales, notarios, personal religioso y otros expertos en asuntos relacionados con la pluma y el papel. La relevancia social del letrado estuvo asociada a la prescripción de un orden para el mundo físico, la construcción de normas de vida para la comunidad y la limitación de la innovación y de la espontaneidad social.

el que Márquez ocasionalmente experimentaría, entre el mundo de las letras y aquellas instituciones que le habían provisto de autoridad social.⁶⁸ Este desarrollo se hace más evidente a mediados del siglo en escritores como Eugenio María de Hostos⁶⁹ o el mismo Márquez para quien la conquista del poder estaba asociada a la obtención de un reconocimiento y de un renombre literario. La función que Ángel Rama le asigna al “pensador” —el de ser una suerte de intelectual orgánico del Estado— se irá difuminando para dar paso al escritor moderno.⁷⁰

El aporte de Márquez a la discusión sobre la fundamental relación intelectual-Estado, cuya modificación demandaba de una contraparte socioeconómica no evaluada por el escritor peruano, reside en su capacidad para identificar una de las raíces (quizá la más importante) de la inestabilidad política en el Perú. En su urgencia por independizar al intelectual de su relación con el Estado, Márquez concibió una alternativa imposible de ser aplicada en un país con profundos abismos culturales como el suyo. Sin embargo, su error de apreciación no debe desviar nuestra atención al problema que Márquez planteó y a la propuesta de solución que esbozó. Lo que buscaba realmente el escritor peruano era, por un lado, descongestionar el aparato estatal de aquellos letrados que aún se aferraban al viejo paradigma colonial y, por el otro, neutralizar las tendencias desestabilizadoras de esos intelectuales a los que el sistema marginaba. Mediante la transferencia del accionar intelectual a la esfera de la sociedad civil, Márquez defendió la noción de que los escritores modernos debían de apelar a un mercado de lectores-consumidores para su producto cultural. Así y con todas las limitaciones que su propuesta puede exhibir, el escritor peruano intentó resolver uno de los problemas políticos más graves del siglo XIX, problema que lo involucraba a él de manera directa.

José Arnaldo Márquez y los dilemas de un intelectual republicano

Una aproximación a la crónica del viaje de José Arnaldo Márquez permite explorar una serie de asuntos de interés tanto para los intelectuales peruanos del siglo XIX como para los del XX. La relación intelectual-

⁶⁸ Este argumento es uno de los que articula el libro de Ramos, *Divergent Modernities*, donde el autor intenta marcar su distancia con la visión lineal del comportamiento de los letrados propuesta por Rama.

⁶⁹ Mc Evoy, “Republicanism Hispanoamericano en los escritos de Eugenio María de Hostos: La Etapa Peruana”. Ponencia presentada en ALDEU XVIII, Asamblea General y Encuentro Internacional: 1898-1998. San Juan de Puerto Rico (1998).

⁷⁰ Ramos, *Divergent Modernities*, p. 42.

poder, el desafío de concretar la herencia republicana en Hispanoamérica, las relaciones interamericanas y el peligro que para las mismas significó la consolidación del imperialismo son algunos de los temas que Márquez instaló tempranamente en la agenda de discusión peruana. A partir de la lectura de su crónica de viajes queda claro que su opción fue la de fortalecer los vínculos económicos y culturales con los Estados Unidos de Norteamérica. En ese sentido Márquez puede ser considerado como un temprano defensor del panamericanismo y de la integración entre las dos Américas.⁷¹ La noción del “destino manifiesto”, acuñada en 1845 por John Sullivan, será reconocida e incluso defendida por el autor peruano. Él creía que el hecho de que “los americanos” se creyeran “destinados a difundir la república y la democracia por todo el mundo” no debía ser motivo de frustración, sino una razón poderosa para el establecimiento de estrechos vínculos con ellos. Márquez era de la idea que el “predominio del principio republicano”, que significaba la consolidación de esa “fuerza ilimitada” causante de tanto recelo entre los hispanoamericanos, hablaba más de una expansión cultural que del avance territorial que muchos pronosticaban con temor. En la cruzada republicana por “la preponderancia” que Estados Unidos lideraba, lo que ese país realmente requería era la amistad de sus vecinos. Los argumentos utilizados por Márquez para promover el acercamiento al “aliado natural” de Hispanoamérica descansaron en razones puramente pragmáticas. Sin producción ni industria resultaba fundamental una alianza estratégica con el vecino del Norte. La asociación con los Estados Unidos, la que demandaba la reproducción de un conjunto de patrones liberales (entre ellos la educación y el fomento de las industrias), era condición necesaria para que Hispanoamérica realizara finalmente la herencia republicana.

En 1847 Domingo Faustino Sarmiento observaba que la república existía fuerte e invencible en Norteamérica y que su luz llegaría a Hispanoamérica cuando el Sur fuera capaz de reflejar al Norte.⁷² Sarmiento no fue el único en exteriorizar su entusiasmo ante el hecho de que Estados Unidos había logrado alcanzar ese ideal republicano por el que se luchó con ahínco durante las guerras de la Independencia. En 1835, Alexis de Tocqueville subrayaba que Estados Unidos era la representación más lograda de la democracia y había que reconocerlo para “aprender que se podía temer o esperar de su progreso”.⁷³ A mediados del siglo XIX el

⁷¹ Ésta es una de las ideas que Arriola desarrolla en su estudio sobre Márquez.

⁷² Sarmiento, *Viajes por Europa, África y América*.

⁷³ Tocqueville, “Journey to America”, *loc. cit.*

norteamericano promedio se sentía impresionado de ver cómo su nación desplegaba sus alas y empezaba a competir vigorosamente con los viejos imperios europeos. Extender los límites de la república a los territorios adyacentes (la invasión de México es el ejemplo más concreto) fue percibido como un acto natural y providencialmente ordenado. Así, la república del Norte dejó de ser una víctima de la contingencia para convertirse en la viva imagen de la apoteosis de la capacidad humana. La opinión general era que Estados Unidos había monopolizado el mejor momento histórico y el espacio más adecuado encontrándose en una situación de privilegio nunca antes vista en la historia de la humanidad.⁷⁴ En efecto, la exaltación de la república contribuyó en modelar lo que Ernst Tuveson define como “la cartografía de la unicidad norteamericana”, aquel ideal utópico que Julia Howe Ward recreó en su *Himno de batalla de la República* (1861) en el cual Estados Unidos fue caracterizado como una nación redentora.⁷⁵

La noción del “destino manifiesto”, matriz ideológica del expansionismo norteamericano, tuvo sus detractores. Algunos de sus críticos, quienes acusaban a Estados Unidos de una vanidad nacional y de una presunción extremadamente peligrosa para sus vecinos, señalaban la incompatibilidad entre republicanismo e imperialismo.⁷⁶ Esta aparente contradicción no fue un problema para Márquez. La reproducción en su crónica de una serie de discursos pronunciados con ocasión del homenaje que la ciudad de Nueva York le tributó al general Páez muestra cómo el escritor peruano se incorporó abiertamente a la cruzada regeneradora que bajo el liderazgo de Washington debía de transformar la faz de la tierra. Para Márquez un fiel creyente en el proyecto homogeneizador del republicanismo, la civilización americana en su sentido medular era la que estaba asociada a la libertad, la democracia, el vapor y el ferrocarril. De lo que este “precursor del interamericanismo democrático sin imperio y sin prepotencia”⁷⁷ no se percató fue de la manera cómo ese republicanismo de corte totalizador, el que vislumbró como realizable en las repúblicas del Sur, estaba dando paso a un lenguaje y a unas prácticas imperiales en las que resultaba más que obvio el papel subordinado que, en el nuevo orden de cosas, debía cumplir Hispanoamérica.

⁷⁴ Harvey, *American Geographics*, p. 7.

⁷⁵ Ernst Tuveson, *Redeemer Nation: The idea of America's Millennial Role*. Chicago: The University of Chicago Press, 1968.

⁷⁶ Harvey, *American Geographics*, p. 22.

⁷⁷ Arriola, *José Arnaldo Márquez*, p. 64. 1989.

Conforme Estados Unidos se consolidaba como potencia un nuevo orden simbólico —el que ha sido descrito por Katherine Manthorne como “el despertar de la conciencia interamericana” — fue tomando cuerpo. Esta nueva conciencia que supuso la reformulación de las relaciones con los vecinos del Sur, y que tuvo como base el sentimiento de superioridad frente a ellos, intentó abarcar a la vez que enfrentar a la cultura de la “otra América”.⁷⁸ Frederick Pike observa que, a mediados del siglo XIX, una serie de mitos y estereotipos de corte racista empezaron a ser usados por políticos e intelectuales norteamericanos con la finalidad de describir el atraso, la negligencia y el desorden latinoamericano.⁷⁹ En ese contexto, el catolicismo fue señalado como contraproducente para la democracia y para el desarrollo económico de Hispanoamérica.

Otro elemento nocivo para la región tenía que ver con la poca energía de sus habitantes. La invasión y posterior toma de gran parte del territorio de México fue defendida en 1848 por el historiador William Prescott con el argumento de que los mexicanos carecían de la fuerza suficiente para hacer de su tierra un lugar productivo, algo que los protestantes, quienes habían hecho un jardín del desierto, exhibían a raudales. Siguiendo esa misma línea de análisis, la ociosidad de los habitantes de las jóvenes repúblicas al Sur del río Grande fue descrita con preocupación por muchos viajeros norteamericanos. En 1853 Nathaniel Parker Willis en su libro *Health trip to the tropics* subrayaba que las regiones tropicales al sur del continente no podían considerarse como lugares adecuados para “la prudencia” y para las buenas costumbres. Muy por el contrario, los climas tropicales conducían hacia la indolencia y al debilitamiento de las facultades humanas.⁸⁰ Así, la tierra de caos y de la revolución descrita por Melville, la de la gente impredecible, dueña de pasiones y de emociones incontrolables, no pudo ajustarse con el modelo republicano que los estadounidenses habían construido para sí mismos.

La “otra” América seducía y al mismo tiempo asustaba. La exhibición en Nueva York de la pintura de Frederick Church, *El corazón de los Andes*, la cual fue ubicada físicamente bajo la atenta mirada de los retratos de los conspicuos representantes de la república norteamericana, Washington y Jefferson, es una pequeña muestra de la distancia que los

⁷⁸ Manthorne, *Tropical Renaissance. North American Artists Exploring Latin America, 1839-1879*. Washington D. C.: Smithsonian Institute, 1989.

⁷⁹ Fredrick B. Pike, *The United States and Latin America: Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*. Austin: University of Texas Press, 1992.

⁸⁰ Todos estos ejemplos son provistos por Pike, *The United States and Latin America*, pp. 61, 67, 69, 70, 71, 77.

productores culturales estadounidenses decidieron asumir frente a un continente inestable, marcado por los desastres naturales y por las revoluciones políticas.⁸¹ Era por razones como las anteriores que el republicanismo de México fue subestimado al ser descrito como una caricatura burlesca que sólo podía servir de alimento para la sátira y el sarcasmo.⁸² Los comentarios vertidos en torno a las debilidades culturales de los hispanoamericanos apelaron, paradójicamente, a la misma tradición republicana de la que Márquez se sintió heredero y abanderado. Porque la república-imperial que hacia finales del siglo XIX inició su avance sobre sus vecinos del Sur se nutrió de las mismas polaridades (civilización-barbarie, trabajo-ociosidad, virtud-vicio, mérito-privilegio, entre otros) que modelaron aquella tradición republicana que los hispanoamericanos abrazaron como propia. En ese sentido resulta irónico el hecho de que la generación de hispanoamericanos que como Márquez apostaron por el republicanismo fuera, además, el mudo testigo de las consecuencias que para sus proyectos particulares significó la apoteosis de la admirada “república del Norte”.

En el marco de la exaltación de esa suerte de perversión ideológica, tempranamente denunciada por José Martí, se resume la concreción de una paradoja cultural imposible de ser aceptada por sus detractores; así, Márquez no abordó de manera directa el problema que para Hispanoamérica suponía la glorificación de la república-imperial. A nivel puramente pragmático, la articulación de los modos de producción interamericanos pasaba por una inevitable violencia (interna y externa) que distaba mucho de ese ambiente amigable, cooperador y pacífico que el escritor describió en su crónica.⁸³ La construcción monológica del discurso republicano (y no dialógica como lo planteaba Márquez) definió a Hispanoamérica como “lo otro”. A partir de dicha definición, y en aras de la asimilación subordinada, se pudo justificar ideológicamente el ejercicio de la dominación y de la violencia en muchas de las jóvenes repúblicas al Sur del río Grande, entre ellas las catalogadas como bananeras.

A estas alturas del análisis cabría volver a revisar las preguntas que articularon nuestro ensayo. Una de ellas aludía a las características románticas del viaje que Márquez emprendió a los Estados Unidos de

⁸¹ La guía de Theodore Winthrop a la pieza maestra especificaba: “Nosotros los del hemisferio Norte tenemos la creencia que los Andes son una inquieta familia de montañas en América del Sur —un continente en que los terremotos sacuden sus picos y revolucionan a sus gentes”. (Citado por Harvey, “American Geographics”, p. 155.)

⁸² Pike, *The United States and Latin America*, p. 68.

⁸³ Este argumento ha sido desarrollado por P.P. Rey en *Les Alliances de Classes*. Paris: Francois Maspero, 1973, p. 158.

Norteamérica. A lo largo del relato hemos podido comprobar que la travesía de Márquez puede ser incluida dentro de lo que, a mediados del siglo XIX, fue definido como un “viaje moderno” el cual se convirtió en el producto cultural más popular de esa experiencia burguesa compartida tanto por las élites centrales como por las periféricas.⁸⁴ Sin embargo, a la manera de los autores románticos que el autor peruano tanto admiró, la crónica de Márquez exhibe ribetes autobiográficos y didácticos y es por ello que pretende educar a sus lectores con ciertas lecciones respecto al republicanismo norteamericano, que es la “geografía imaginada” del autor. En esa suerte de “Gran Tour” a los Estados Unidos (con los antecedentes previos de Tocqueville, Sarmiento y Vicuña Mackenna), Márquez no sólo se plantea el enorme desafío de arrancarle a la república del Norte algunos de los secretos de su éxito, sino que busca proveer a los intelectuales peruanos con una identidad y con una función que cumplir. El de ser intermediarios culturales cuya misión será la de viajar, (re)producir cultura y hacerla circular a través del espacio americano. No satisfecho con ello Márquez decide apropiarse de la tecnología occidental para luego reinventarla, una aventura que como bien sabemos lo llevará a la pérdida de todo su patrimonio. Martín García Merou, un testigo de excepción de la precariedad económica que dicha audacia tecnológica provocó en la vida del escritor peruano, se sintió conmovido ante la situación miserable en la que vivía aquel hombre “dotado de un talento inmenso, de conocimientos sólidos y vastos” y de una “perfecta educación”. Un hecho que él consideró como “una cruel injusticia del destino”. Nosotros podríamos añadir que el rotundo fracaso de Márquez como intelectual moderno dio sus frutos en el largo plazo. De sus ideales frustrados surgirá la agenda radical del siglo XX, una en la cual los productores culturales peruanos renegarán de la herencia republicana-liberal y de la alianza con los Estados Unidos y se plantearán reproducir, mediante otros viajes y otras ideologías, nuevas soluciones, en algunos casos extremas, para sus problemas y los del Perú.

⁸⁴ El impacto, económico, social, político y cultural que provocó la revolución burguesa occidental sobre la sociedad peruana es estudiado en Mc Evoy (Ed.), *La Experiencia Burguesa en el Perú*, Introducción.